

Tana
French

EL SECRETO DEL OLMO

Traducido del inglés por Julia Osuna Aguilar

Título original: *The Wych Elm*

LIA-

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Tana French, 2018

© de la traducción: Julia Osuna Aguilar, 2018

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-649-2

Depósito legal: M. 21.673-2019

Printed in Spain

Para Kristina

¡Señor! Sabemos lo que somos, no lo que podemos ser.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Hamlet*,
(traducción de Ángel-Luis Pujante)

1

En general siempre me he considerado un tipo con suerte; a ver, no es que sea de esos que escogen en un impulso números de lotería multimillonarios o llegan unos segundos tarde a un vuelo que acaba estrellándose y matando a todo el pasaje. Lo que quiero decir es que conseguía ir por la vida sin padecer las típicas desgracias que se oyen por ahí. Ni me maltrataron de niño ni me putearon en el instituto; mis padres no estaban separados, no habían muerto ni estaban enganchados a nada, ni siquiera discutían, salvo por minucias; ninguna novia me había engañado nunca con otro, o al menos que yo supiera, ni había tenido ninguna ruptura más dramática de la cuenta; no me había atropellado ningún coche y lo más chungo que había pillado había sido la varicela, y ni siquiera había tenido que llevar ortodoncia. Tampoco era que pensase mucho en el tema, pero, cuando la idea me venía a la cabeza, tenía la placentera impresión de que todo iba justo como tenía que ir.

Y luego, claro, estaba Villa Hiedra. No creo que nadie pueda convencerme, ni siquiera ahora, de que no fuera una suerte tener Villa Hiedra. Ya sé que no era una cuestión fácil, conozco todas las razones hasta el más íntimo y erizado detalle; puedo colocarlas en una fila ordenada, austeras y rúnicas como ramitas sobre la nieve, y quedarme mirándolas hasta casi convencerme a mí mismo. Pero basta un soplo del olor adecuado —jazmín, *lapsang souchong*, un jabón de una marca antigua muy concreta que nunca he conseguido identificar—, o un haz de luz vespertina en una perpendicular muy determinada, y estoy perdido, vuelvo a ser suyo.

De hecho, no hace mucho llamé a mis primos para hablar del tema; las Navidades estaban a la vuelta de la esquina, y se me había subido un poco el vino especiado de una fiesta infernal del trabajo, si no, no los habría llamado en la vida, o por lo menos no para pedirles su opinión, su consejo o lo que quiera que pretendiera. Mi prima Susanna dejó claro que le parecía una tontería de pregunta: «Pues claro que tuvimos suerte. Era una casa increíble. —Ante mi silencio—: Hombre, si te dejas obsesionar por todo lo demás, entonces, yo que tú —(tijeretazo largo y diestro sobre papel, un risueño coro de niños entrañables de fondo, ella estaba envolviendo regalos)— pasaría del tema. Ya sé que es muy fácil decirlo, pero, la verdad, Toby, ¿qué sentido tiene remover eso después de tanto tiempo? En fin, tú sabrás...». Mi primo Leon, que en un principio me había parecido que se alegraba realmente de oírme, se puso tenso al momento: «¿Y yo cómo quieres que lo sepa? Oye, pero escucha, ya que has llamado, pensaba mandarte un correo, que creo que voy a ir unos días en Pascua a ver a mis padres, ¿vas a estar...?». Me puse un poco beligerante y le exigí una respuesta, y eso que sabía que mi primo no respondía bien bajo presión, y efectivamente fingió que perdía la cobertura y me colgó.

Y sin embargo... Sí que importa, y, según lo entiendo yo —valga mi opinión para lo que valga a estas alturas—, es lo más importante de todo. Hasta hace poco no he empezado a reflexionar sobre qué es la suerte, y en la forma apacible y elegante que tiene de engañarte, esa manera implacable de retorcerse y enredarse en sus propios escondrijos, y en lo letal que puede llegar a ser.

Aquella noche. Sé que una historia puede empezarse de mil maneras distintas, y soy muy consciente de que el resto de las personas involucradas en esta discreparían sobre mi elección (ya estoy viendo la ironía en la comisura arqueada de mi prima, ya oigo el resoplido de desdén de mi primo...). Pero no lo puedo evitar: para mí todo se remonta a aquella noche, la sombría bisagra oxidada entre el Antes y el Después, la lámina de cristal distorsionante que

alguien cuele entre medias, y que a un lado lo tiñe todo con sus colores turbios y al otro lo ilumina y hace que parezca tan cerca que duele, intacto a la par que intocable. Por mucho que pueda demostrarse que no tiene sentido —porque, al fin y al cabo, el cráneo llevaba años metido en aquel hueco, y creo que es evidente que de todas formas habría salido a la luz ese mismo verano—, no puedo evitar creer que, en un plano más profundo que la propia lógica, nada de todo esto habría pasado si no hubiera sido por aquella noche.

La noche empezó con buenas vibraciones, muy buenas, de hecho. Era un viernes de abril, el primer día que realmente había parecido primavera, y estaba de copas con mis dos mejores colegas del instituto. El Hogans estaba en plena efervescencia, todas las chicas con el pelo difuminado y voluble por el calor del día, los hombres con las camisas arremangadas, capas de conversaciones y risas acaparando el ambiente hasta el punto de reducir la música a un alegre bum, bum, bum de *reggae* subliminal que se te subía por los pies desde el suelo. Yo iba bien ciego, pero no de coca ni nada de eso; había tenido una semana movida en el curro y justo ese día lo había solucionado todo, así que se me había subido un poco el triunfo a la cabeza, no paraba de sorprenderme hablando más rápido de la cuenta o arreándome tragos de pinta con muchos aspavientos. Una morena guapísima estaba dándome un buen repaso desde la mesa vecina, sonriéndome un segundo más de la cuenta cuando se me iban los ojos para su lado; no pensaba hacer nada —tenía una novia estupenda y ninguna intención de engañarla—, pero estaba bien comprobar que no había perdido facultades.

—Le gustas a esa —me dijo Declan señalando hacia el lado de la morena, que estaba echando la cabeza atrás en un gesto un poco exagerado, riendo un chiste de su amiga.

—Tiene buen gusto.

—¿Qué tal Melissa? —preguntó Sean.

Me pareció bastante innecesario por su parte; aunque no hubiera tenido novia, la morena no era mi tipo; tenía unas curvas de

vértigo apenas contenidas por un ceñido vestido retro color rojo, y pinta de que habría sido mucho más feliz viendo cómo se peleaban por ella a navajazos en un bistró envuelto en humo de Gauloise.

—De puta madre —dije, y era verdad—. Como siempre.

Melissa era lo opuesto a la morena: menuda, cara de ángel, pelo rubio a su aire y pequitas por la cara, con una atracción natural por cosas que la hacían feliz a ella y, de paso, a todos los que la rodeaban: llevar vestidos de algodón suave con estampados en colores alegres, hacer pan en casa, bailar con todo lo que pusieran en la radio, hacer pícnicos con manteles de tela y quesos absurdos. Llevaba varios días sin verla, y al pensar en ella me entraron aún más ganas de todo lo suyo, de su risa, de su nariz hundida en mi cuello, del olor a madreSelva de su pelo.

—Es de puta madre —me dijo Sean con demasiado retintín para mi gusto.

—Sí, sí que lo es. De hecho, acabo de decirlo. Soy yo el que sale con ella, y sé que es de puta madre. Es de puta madre.

—¿Tú vas de *speed* o qué? —me interrogó Dec.

—Me pongo ciego solo de estar con vosotros. Sois el equivalente humano a la colombiana más pura y blanca...

—Definitivamente vas de *speed*. Comparte, so cabrón.

—Estoy más limpio que el culito de un bebé, so gorrón.

—Entonces, ¿qué haces mirando a la colega esa?

—Es guapa. Un hombre puede apreciar algo bonito sin tener que...

—Demasiado café —dijo Sean—. Métete un poco más de eso en el cuerpo, a ver si se te pasa. —Me señalaba la pinta.

—Por ti, lo que sea —dije, y me bebí casi todo lo que me quedaba—. Aaagg.

—La verdad es que está tremenda —dijo Dec mirando con deseo a la morena—. Qué desperdicio.

—Tírale tú —le dije: no iba a hacerlo, nunca lo hacía.

—Ya, claro.

—Venga, hombre. Antes de que pierda el interés.

—Es que el interés es por ti, no por mí. Para variar... —Dec era bajito y muy susceptible, tenía gafas y una mata de pelo cobrizo ingobernable; en realidad no era feo, pero en algún momento se había convencido de lo contrario, con las previsibles consecuencias.

—Oye, que las pavas me miran a mí —dijo Sean, haciéndose el ofendido.

—Sí, sí, es verdad: se están preguntando si eres ciego o si te has puesto esa camisa por una apuesta.

—La envidia... —respondió mi amigo haciéndose el apenado y sacudiendo la cabeza.

Sean era en cambio grandote, casi uno noventa, con cara ancha y agradable y unos músculos de jugar al rugby que apenas empezaban a ablandarse. Era cierto que atraía mucha atención femenina, pero también era un desperdicio, porque llevaba felizmente ennoviado con la misma desde el instituto.

—No es sana —terminó la frase.

—No te preocupes —tranquilité a Dec—, que todo eso está a punto de cambiar. Con los... —Señalé sutilmente hacia su cabeza.

—¿Los qué?

—Tú sabes. Eso. —Me señalé la línea del pelo con un gesto rápido.

—¿De qué hablas?

Me incliné con discreción sobre la mesa y bajé la voz:

—Los implantes. Te lo has currado, tío.

—¡Yo no me he puesto implantes de mierda!

—No hay por qué avergonzarse. Hoy en día todos los grandes se los ponen: Robbie Williams, Bono... —Aquello, claro está, lo indignó aún más.

—¡Yo tengo el pelo estupendamente!

—Eso es lo que he dicho, que se te ve muy bien.

—No se notan —lo tranquilizó Sean—. No estamos diciendo que se noten, hombre, solo decimos que te quedan bien.

—No se notan porque no existen y punto. Que yo no tengo...

—Venga, anda, que te los veo —insistí—. Por ahí y...

—¡Quita!

—A ver, vamos a preguntarle a tu ligo qué le parece. —Empecé a hacerle señas a la morena.

—No. No, no, no. Toby, en serio te lo digo, yo a ti te mato...

—Dec intentó cogirme la mano con la que hacía señas, pero lo esquivé.

—¿Qué mejor manera de hacer conversación? —apuntó Sean—. ¿No sabías cómo entrarle? Ea, pues ya lo sabes.

—Que os den —nos dijo Dec desistiendo de cogirme la mano y poniéndose de pie—. Vaya par de subnormales estáis hechos, ¿lo sabíais?

—Venga, Dec, no te vayas.

—Voy a mear, a ver si aprovecháis para recapacitar y dejaros de tonterías. Tú, Risitas —(a Sean)—, te toca pedir.

—Va a ver si los tiene todos bien puestos —me dijo Sean en un aparte, señalándose el pelo—. Se te han despeinado. Ves ese de ahí, se te ha ido...

Dec nos enseñó el dedo y empezó a abrirse camino entre el gentío, camino del baño, intentando no perder la dignidad mientras pasaba con calzador entre culos y pintas ondeantes, y haciendo un gran esfuerzo por ignorar tanto nuestro estallido de risa como a la morena.

—En realidad, por un momento, se lo ha creído —me dijo Sean—. Será pardillo. ¿Otra de lo mismo? —Se encaminó hacia la barra.

Aproveché el momento a solas para mandarle un mensaje a Melissa: «Estoy de birras con los chicos. Luego te llamo. TQ». Me respondió al momento: «He vendido el sillón *steampunk*!!! —(seguido de un montón de emoticones de fuegos artificiales)—. La diseñadora estaba tan contenta que ha llorado cuando se lo he contado y me ha dado tanta alegría por ella que casi lloro yo también :-). Saluda a los chicos de mi parte. Yo tb tq. Bss». Melissa tenía una tienda minúscula en la zona de Temple Bar en la que vendía cosas estrafalarias de diseñadores irlandeses, pequeños juegos de jarroncitos de porcelana intercomunicados, mantas de

cachemira en colores fluorescentes desvaídos, pomos tallados a mano en forma de ardillas dormidas o árboles con las ramas extendidas. Llevaba años intentando vender ese sillón. Le respondí: «¡Enhorabuena! Lo que tú no vendas...».

Sean volvió con las pintas a la vez que Dec regresaba del baño con mucho más aplomo, pero aun así evitando cruzar la mirada con la morena.

—Le hemos preguntado a tu ligue qué piensa —le dijo Sean—. Nos ha dicho que le encantan tus implantes.

—Dice que lleva toda la noche admirándolos —metí baza.

—Quiere saber si te los puede tocar.

—Quiere saber si te los puede lamer.

—Que os folle un pez. Te voy a decir yo por qué no para de mirar, soplapollas —me dijo Dec mientras retiraba el taburete—. No es porque le gustes, es solo que ha visto tu careto de chupaculos en el periódico, y está intentando averiguar si salías por desplumar a una abuelita o por tirarte a una quinceañera.

—Cosa que le daría exactamente igual si no fuera porque le gusto.

—Más quisieras tú. Se te ha subido la fama a la cabeza.

Mi foto había salido en el periódico hacía un par de semanas —en las páginas de sociedad, lo que me había granjeado bastante pitorreo—, porque resulta que estuve un rato charlando con una veterana actriz de culebrones en una historia del trabajo, la inauguración de una exposición. Yo llevaba las relaciones públicas y la publicidad de una galería de arte del centro, mediana pero con bastante prestigio, a solo un par de callejones y recodos de Grafton Street. No era lo que tenía en mente cuando terminé la facultad (mis planes eran entrar en una empresa de relaciones públicas de las grandes), y solo fui a hacer la entrevista para practicar. Sin embargo, cuando llegué me sorprendió descubrir que me gustaba el sitio, la espigada casa georgiana apenas remodelada que no tenía ni un suelo recto, y el dueño, Richard, que me miró a través de sus gafas ladeadas y me preguntó cuáles eran mis artistas irlandeses favoritos (por suerte me había preparado la entrevista y pude

dar respuestas medianamente sensatas, y tuvimos una larga y feliz conversación sobre Le Brocquy, Pauline Bewick y otros cuantos cuya existencia yo desconocía una semana antes). También me gustó la idea de tener carta libre: en una empresa grande me habría pasado dos años enteros pegado a una pantalla, regando y podando dócilmente las ideas de otros para brillantes campañas en redes sociales, vacilando entre borrar comentarios racistas de troles sobre algún horripilante sabor nuevo de patatas o dejarlos para crear revuelo mediático; en la galería, en cambio, podría probar lo que quisiera y enmendar al vuelo mis errores de novato, sin tener a nadie respirando en el cogote (Richard no tenía muy claro ni lo que era Twitter, aunque sabía que debía abrir una cuenta de la galería, y se veía claramente que distaba mucho de ser un controlador compulsivo). Cuando me dijo que el puesto era mío si lo quería, ni me sorprendió ni tuve que pensármelo mucho. Calculé que en unos años, con unas cuantas jugadas publicitarias exitosas para dar relumbrón a mi currículum, podría dar el salto a una gran empresa, pero en un puesto que realmente disfrutara.

De eso hacía ya cinco años, y estaba empezando a tantear el terreno empresarial, con una respuesta bastante buena. Iba a echar de menos la galería; al final no solo me había gustado la libertad que tenía, sino también el trabajo en sí, los artistas y su perfeccionismo rayano en la torpeza, la satisfacción de ir entendiendo poco a poco por qué Richard se volvía loco por un artista o pasaba de otro. Pero tenía ya veintiocho años, Melissa y yo estábamos hablando de irnos a vivir juntos y, aunque en la galería no me pagaban mal, cobraba mucho menos que en cualquier empresa grande. Tenía la sensación de que era hora de ponerse serio.

En aquella última semana todo esto había estado a punto de caer en saco roto, pero una vez más la suerte no me abandonó. La cabeza me iba a cien por hora, dando botes como un border collie, y era contagioso, Sean y Dec se habían inclinado sobre la mesa y reían —estábamos planeando unas vacaciones de chicos para el verano, pero no nos poníamos de acuerdo en el destino: «¿Tailandia? Un momento, ¿cuándo es la temporada del monzón?». —Sa-

cábamos los teléfonos—. ¿Cuándo es la temporada de los golpes de Estado?»—. Dec estaba empeñado en Fiji no sé por qué, «Tenemos que ir a Fiji, es ahora o nunca, en cuanto te...». Y un ladeo de cabeza de todo menos sutil hacia Sean. Nuestro amigo iba a casarse en Navidades, y aunque después de doce años no había sido precisamente una sorpresa, seguía pareciéndonos bastante asombroso y gratuito, y la sola mención del tema conducía siempre sin falta al pitorreo: «En cuanto das el “sí, quiero”, tienes los días contados, compadre, antes de darte cuenta, tendrás un crío y ahí ya, se acabó, despídete de tu vida... ¡Por las últimas vacaciones de Sean! ¡Por la última noche de Sean! ¡Por la última mamada de Sean!». En realidad a Dec y a mí Audrey nos caía muy bien, y la sonrisa irónica de Sean —haciéndose el ofendido y en secreto más feliz que una perdiz consigo mismo— me hizo pensar en Melissa y en que ya llevábamos tres años juntos y quizá hubiera llegado la hora de proponerle matrimonio, y con tanto hablar de últimas oportunidades, tuve que mirar de reojo a la morena, que estaba contando alguna anécdota y gesticulando mucho, con sus uñas pintadas de morado, y algo en la inclinación de su cuello me hizo deducir que sabía perfectamente que estaba mirándola, y que eso no tenía nada que ver con la foto del periódico... «Ya nos encargaremos de todo eso en Tailandia, Sean, no te preocupes. ¡Por el primer trans de Sean!»

A partir de ahí el recuerdo de la noche se me vuelve borroso por momentos. Por supuesto, después de lo que pasó, lo repetí en mi cabeza millones de veces, obsesionado, peinando cada hilo en busca del nudo que hizo que la pauta cambiara sin remisión; deseando haber pasado por alto un detalle importante, la diminuta piedra de toque en torno a la cual todas las piezas encajarían en su sitio y el conjunto entero parpadearía con luces multicolor y pitidos de premio gordo mientras yo daba saltos al grito de «¡Eureka!». Los trozos que faltaban no fueron de gran ayuda (de lo más corriente, quisieron tranquilizarme los médicos, lo más normal del mundo, sí, sí, normalísimo): muchas cosas me fueron volviendo, y también saqué lo que pude de los recuerdos de Sean y

Dec, en una laboriosa reconstrucción de la noche, como si fuera un viejo fresco mural, a partir de fragmentos dosificados y conclusiones fundamentadas, pero ¿cómo podía saber a ciencia cierta lo que había en los espacios en blanco? ¿Empujé a alguien en el bar? ¿Hablé demasiado fuerte, subido como iba en mi globo de euforia, o hice algún aspaviento exagerado con el brazo y le tiré la pinta a alguien? ¿O acaso el exmusculito de la morena estaba acechando en algún rincón sin ser visto? Nunca me había considerado una persona que fuera por ahí buscando bronca, pero ya no podía descartar nada.

Largos rayos de luz mantecosa sobre madera oscura. Una chica con un sombrero caído de terciopelo rojo apoyada en la barra cuando fui a pedir mi ronda, charlando con el camarero sobre no sé qué concierto, acento del Este, muñecas flexibles de bailarina. Un fláyer pisoteado en el suelo, verde y amarillo, dibujo imitación naïf de un lagarto mordiéndose la cola. Lavándome las manos en los lavabos, olor a lejía, aire frío.

Sí que recuerdo que me vibró el móvil en medio de una discusión enfervorizada sobre si la siguiente película de la saga de *La guerra de las galaxias* sería irremediablemente peor que la anterior, basándonos en un intrincado algoritmo que Dec se había inventado. Lo saqué al vuelo —creí que podía tener que ver con lo que había pasado en el trabajo, Richard queriendo que lo pusiera al día o Tiernan, devolviéndome por fin las llamadas—, pero no era más que una invitación a un cumpleaños a través de Facebook.

—¿Movida? —quiso saber Sean, que arqueó las cejas señalándome el móvil, y comprendí entonces que lo había sacado con demasiada ansia.

—No es nada —dije, y guardé el teléfono—. Pero a todo esto, ¿qué me decís de la saga de *Venganza*, que la hija empieza siendo la víctima y en la segunda es ya su escudera...?

Y seguimos con la discusión sobre pelis, que a esas alturas se había ido tantas veces por la tangente que ninguno sabía ya cuál había sido su postura inicial. Aquello era justo lo que yo necesitaba

esa noche: Dec gesticulando y medio echado encima de la mesa, Sean lanzando las manos al aire con incredulidad, los tres intentando hablar más alto que los otros dos sobre Hagrid. Volví a sacar el móvil y lo puse en silencio.

En realidad el follón del curro no había sido culpa mía, o al menos solo muy tangencialmente. Había sido cosa de Tiernan, el que se encargaba de las exposiciones, un moderno larguirucho, con mucha barbilla y gafas de pasta *vintage*, que tenía dos temas principales de conversación: grupos canadienses de folk alternativo que solo conocía él y lo injusto que era que su pintura (minuciosos retratos al óleo de jueguistas con cabezas de paloma y mirada absorta, cosas así, pintadas en el estudio pagado por el padre) no hubiera alcanzado la importancia que merecía. El año anterior a todo el follón a Tiernan se le había ocurrido montar una exposición colectiva de jóvenes desfavorecidos bajo el lema «Representaciones del espacio urbano». Richard y yo lo vimos claro desde el principio (solo habría sido más fácil publicitarlo si alguno de los desfavorecidos hubiera sido también refugiado sirio, y a ser posible trans), y mi jefe, pese a su aire general de cándido distraído y *tweed* raído, era muy consciente de que la galería necesitaba tanto caché como financiación para mantenerse a flote. A los pocos días de que mi compañero nos propusiera la idea —sin previo aviso, en la reunión mensual, mientras se limpiaba el azúcar del donut con la servilleta—, Richard le dio luz verde para ponerse manos a la obra.

Había ido todo como la seda. Tiernan batió los institutos y viviendas sociales más chungos que pilló (en uno un puñado de chavales de ocho años le aporrearon en su cara la *fixie* con una machota hasta dejarla hecha un Dalí) y volvió con una colección de jóvenes suficientemente costrosos, con delitos menores en la ficha policial y dibujos medio destartalados en los que aparecían jeringuillas, bloques de pisos ruinosos y algún que otro caballo. Siendo justos, no era todo tan predecible: había una chica que hacía pequeñas maquetas siniestras de sus distintas casas de acogida con materiales que agenciaba en casas demolidas: un hombre de trapo

de lona tirado en un sofá tallado en un trozo de cemento y con el brazo por encima de los hombros de una niña de lona en una postura que a mí me resultaba inquietante. Otro chico hacía moldes de escayola muy pompeyanos de objetos que encontraba en la escalera de su bloque, un mechero aplastado, unas gafas de niño con una patilla doblada, una bolsa de plástico muy enredada. Yo había dado por hecho que la exposición explotaría sobre todo la superioridad moral, pero en realidad había un par de cosas que eran bastante buenas.

Tiernan estaba especialmente orgulloso de un hallazgo, un chaval de dieciocho años conocido como Gouger. Este se negaba a hablar con nadie que no fuera mi compañero, a darnos su nombre real o, para frustración nuestra, conceder entrevistas —se había pasado media vida entrando y saliendo de reformatorios y había desarrollado una compleja red de enemigos, que temía que fueran por él si lo veían hacerse rico y famoso—, pero el caso es que era bueno. Superponía cosas, espray, fotografías, bolígrafo y tinta, con una técnica tan feroz como descuidada que les imprimía una urgencia de míralo bien y rápido antes de que aparezca algo rugiendo por un lado y desgarrando el cuadro en jirones de color y garabatos. Su *pièce de résistance* —un enorme remolino de adolescentes en carboncillo berreando alrededor de una hoguera pintada a espray, con las cabezas hacia atrás, arcos de neón de cerveza disparados por latas en alto— se titulaba *BoHeroin Rhapsody*, y ya había suscitado el interés de varios coleccionistas en cuanto lo colgamos en nuestra página de Facebook.

Prácticamente nos llovió el dinero del Centro Municipal para las Artes y del Ayuntamiento de Dublín, y los medios nos dedicaron más cobertura aún de lo que yo había esperado. Tiernan trajo a sus jóvenes a darse una vuelta por la galería, y se dedicaron a darse codazos, criticar por lo bajo y quedarse mirando con caras indescifrables los cuadros abstractos de técnica mixta de la exposición que había en esos momentos, «Divergencias». Varios invitados distinguidos respondieron a nuestra invitación diciendo que les encantaría asistir a la inauguración. Richard se paseaba por la

galería sonriendo y tarareando fragmentos de óperas ligeras intercalados con otras cosas raras que a saber de dónde había sacado (¿¿Kraftwerk??). Y así estaban las cosas hasta que un buen día entré sin llamar en el despacho de Tiernan y me lo encontré en el suelo rematando unos detalles de la última obra maestra de Gouger.

Tras un primer segundo de perplejidad me eché a reír. En parte por la cara que puso mi compañero, con esa mezcla de culpa impúdica y de arrogancia a la defensiva, mientras se debatía por encontrar una excusa creíble; pero también en parte me reí de mí mismo por habérmelo tragado todo tan alegremente, sin una sola sospecha, cuando por supuesto tendría que habérmelo olido meses antes (porque ¿desde cuándo los jóvenes desfavorecidos entraban dentro de los intereses de Tiernan?).

—Vaya, vaya, vaya —dije todavía entre risas—. Ver para creer.

—Chiss —bufó Tiernan, levantando las manos en alto y clavando los ojos en la puerta.

—El mismísimo Gouger, en carne y hueso.

—Joder, cállate, por favor, que Richard está...

—Eres más guapo de lo que creía.

—Toby, mira. No, de verdad, escúchame... —Tenía los brazos medio extendidos por delante del cuadro en un gesto absurdo, como si quisiera esconderlo: «¿Cuadro? ¿Qué cuadro?»—. Si esto sale a la luz, estoy muerto, muerto y enterrado, nadie volverá a...

—Ostras, Tiernan, tranquilo, tío.

—Los cuadros son buenos, Toby. Son muy buenos. Pero es la única manera; si supieran que son míos, nadie les haría ni caso, ¡estudié Bellas Artes!...

—¿Son solo las cosas de Gouger o de alguno más?

—Es solo Gouger, te lo juro.

—Ajá... —dije escrutando por encima de su hombro (el cuadro era el típico Gouger, una gruesa capa de pintura negra con un esgrafiado de dos chicos peleándose como salvajes y, de fondo, una pared con balcones a lápiz pintados con mucho detalle, en cada uno, una diminuta escena animada; debía de haberle llevado una eternidad)—. ¿Cuánto tiempo llevabas planeándolo?

—Un tiempo, no sé... —Tiernan me miró entre parpadeos; estaba muy alterado—. ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a...?

En teoría tendría que haber ido directamente a Richard y haberle contado toda la película, o al menos haber buscado una excusa para sacar a Gouger de la exposición (que si sus enemigos habían dado con su rastro o algo por el estilo..., el recurso de la sobredosis no habría hecho sino atraer aún más atención). Pero, siendo sincero, ni siquiera se me pasó por la cabeza; todo iba de maravilla y todas las partes implicadas estaban felices como lombrices: tirar de la manta le habría fastidiado la vida a mucha gente, y por una razón que, a mi entender, era una tontería. Incluso siendo consciente de las implicaciones éticas del asunto, yo estaba de parte de Tiernan, la verdad: nunca he compartido la opinión tan de clase media autoflagelante de que ser pobre y estar enganchado a los delitos menores te haga merecedor de algo por arte de magia, ni tener un vínculo más profundo con un manantial de verdad artística, ni siquiera más auténtica. Por lo que a mí respectaba, la exposición seguía siendo la misma que diez minutos antes; si la gente lo que quería era ignorar los estupendos cuadros que tenían delante de sus narices y centrarse en cambio en la ilusión gratificante que se escondía tras ellos, eso era problema suyo, no mío.

—Relájate, hombre —le dije (el pobre estaba tan mal que habría sido una crueldad dejarlo más tiempo en ascuas)—. No pienso hacer nada.

—¿Que no?

—Palabra de honor.

Tiernan dejó escapar un suspiro largo y tembloroso.

—Vale, vale. Uau, me he asustado por un momento. —Se incorporó y se quedó mirando el cuadro, dándole una palmadita en el borde superior, como si estuviera calmando a un animal atemorizado—. Son buenos, ¿verdad?

—¿Sabes lo que tendrías que hacer? Hacer más de los de la guerra, convertirlos en una serie.

A Tiernan se le iluminaron los ojos.

—Pues sí, sí, no es mala idea, la verdad, desde que hacen la hoguera hasta la..., cuando se queda en cenizas, el amanecer...

Se fue corriendo a la mesa en busca de papel y lápiz, su cabeza barriendo ya todo el asunto bajo la alfombra. Yo me fui y lo dejé a lo suyo.

Después de ese pequeño bache, la exposición había seguido viento en popa en pos de la inauguración. Tiernan trabajó como un mulo en la serie de las hogueras de Gouger, hasta el punto de que se veía claramente que no dormía más de dos horas por noche, pero, aunque alguien se hubiera fijado en su mirada perdida y legañosa y sus continuos bostezos, no habría tenido razones para vincularlo con los cuadros que arrastraba hasta la galería con una regularidad triunfante. Por mi parte, yo me dediqué a convertir el anonimato de Gouger en un enigma con tintes banskianos, con cantidad de cuentas falsas de Twitter discutiendo en lenguaje de chat semianalfabeto sobre si sería el compadre de los bloques que apuñaló a Mixie aquella vez, porque en tal caso Mixie andaba buscándolo; los medios entraron al trapo de cabeza y nuestros seguidores subieron como la espuma. Tiernan y yo discutimos, medio en serio, la posibilidad de conseguir a un chungo de verdad para ponerle cara al producto, a cambio de dinero para pagarle el enganche (por supuesto, lo suyo era un enganchado de verdad, para un máximo de autenticidad y sordidez), pero acabamos descartando la opción porque nos parecía que un yonqui de mala vida no era la persona más de fiar del mundo: tarde o temprano empezaría o a chantajearnos o a querer el control creativo, y las cosas se complicarían.

Supongo que tendría que haber estado preocupado por lo que podía pasar si algo salía mal (muchas cosas podían ir mal, desde que a un periodista le diera por investigar un poco hasta que yo la cagara con la jerga en la cuenta de Twitter de Gouger), pero el caso es que no lo estaba. Lo de preocuparse siempre me había parecido una pérdida de tiempo y de energía ridícula; era mucho más fácil hacer cada uno lo suyo e ir lidiando con los problemas conforme surgieran, si es que surgían, lo que casi nunca era el

caso. Así que cuando, un mes antes de la fecha prevista de inauguración, y solo cuatro días antes de aquella noche, mi jefe descubrió el pastel, me pilló con la guardia totalmente bajada.

Todavía no tengo muy claro cómo fue exactamente. Algo de una llamada de teléfono, por lo poco que pude entender (pegado a la puerta de mi despacho, mirando los desconchones de la pintura blanca, con el pulso aumentando lentamente hasta un incómodo aporreo en la nuez), pero Richard puso de patitas en la calle a Tiernan tan rápido y en un arranque de furia tan virulento que no tuve oportunidad de hablar con mi compañero. Luego mi jefe vino a mi despacho (salté hacia atrás justo a tiempo para evitar el portazo en la cara) y me dijo que me fuera y que no volviera hasta el viernes, para cuando ya habría decidido qué hacer conmigo.

Una sola mirada —a su cara blanca, al cuello arrugado de la camisa, la mandíbula más apretada que un puño—, y tuve la sensación de no decir nada, aunque dudo que me hubiera dado tiempo a inventarme algo coherente antes de que saliera dando un portazo que levantó varios papeles de mi mesa. Recogí mis cosas y me fui, rehuyendo la mirada de ojos grandes y ávidos de Aideen, la administrativa, desde la rendija de su puerta, mientras intentaba bajar las escaleras con tranquilidad y aplomo.

Los siguientes tres días me los pasé, más que nada, aburrido. Habría sido una estupidez contárselo a alguien, cuando había bastantes posibilidades de que cayera todo en el olvido. Me había sorprendido lo cabreado que se había puesto Richard (a ver, por supuesto que cabía esperar que se cabreara, pero la intensidad de su furia me había parecido totalmente desproporcionada), pero me convencí de que le había pillado en un mal día y de que para cuando volviera a la galería, ya se habría calmado. Así que me quedé encerrado en casa todo el día, para que no me viera nadie por ahí en horas de trabajo. Ni siquiera podía llamar a nadie. Tampoco era cuestión de pasar la noche en casa de Melissa ni decirle que viniera a la mía, para evitar que quisiera que fuéramos juntos a trabajar por la mañana; su tienda estaba a solo cinco minutos de la galería, así que casi siempre íbamos a trabajar juntos después

de pasar la noche, de la mano y charlando como un par de adolescentes. Le dije que estaba resfriado y la convencí para que no viniera a casa a cuidarme, no quería pegárselo, y di gracias a Dios por que no fuera de las que decidían que estaba engañándola con otra. Me pasé las horas muertas jugando a la Xbox, y me ponía la ropa del trabajo cuando bajaba a por comida, por si acaso.

Por suerte no vivía en el tipo de barrio donde uno se intercambia alegres saludos con sus vecinos de camino al trabajo por las mañanas, ni iba a venir nadie a traerme unas galletas para asegurarse de que estaba bien si un día no me veía. Mi piso era un bajo de un edificio de piedra y ladrillo rojo de los setenta, metido con calzador —hasta el punto de que dolía a la vista— entre dos hermosas mansiones victorianas en un barrio de Dublín especialmente bonito. La calle era ancha y espaciosa, flanqueada por enormes árboles cuyas raíces levantaban grandes trozos de acera, y por lo menos a eso sí que el arquitecto había tenido la sensatez de sacarle partido: mi salón tenía grandes ventanales del techo al suelo y puertas de cristal en dos paredes, de modo que en verano la estancia entera se convertía en un maravilloso alboroto de rayos de sol y sombras de hojas que te mareaba. Sin embargo, más allá de esa única chispa de inspiración, había hecho un trabajo bastante lamentable: el exterior era de un utilitarismo deprimente y los pasillos tenían un halo alucinatorio y fronterizo de hotel de aeropuerto, larga línea de alfombra marrón extendiéndose en la distancia, larga línea de papel pintado y puertas de madera barata a ambos lados, con apliques sucios de cristal tallado que despedían un resplandor amarillento color leche cortada. Nunca me cruzaba con los vecinos, jamás. De vez en cuando oía un golpe amortiguado cuando a alguien se le caía algo en el piso de arriba, y una vez le sostuve la puerta a un tipo con acné y pinta de contable que iba con muchas bolsas del Mark & Spencer, pero, aparte de eso, era como si viviera yo solo en el bloque. Nadie se fijaría, y menos aún se preocuparía, si en vez de ir a trabajar me quedaba en casa reventando bases militares e inventándome bonitas historias de galería para contárselas a Melissa cuando la llamara por la noche.

Sí que de vez en cuando, de forma intermitente, me entraba el pánico. Tiernan no me cogía el teléfono, ni siquiera cuando lo llamé desde mi hijo, que no aparecía en el listín, de modo que no tenía forma de saber hasta qué punto me había delatado, aunque la ausencia de contacto no era buena señal. Me dije que si Richard hubiera pensado en despedirme, lo habría hecho en el acto, como con Tiernan; y la mayor parte del tiempo eso tenía todo el sentido del mundo y me consolaba, pero a veces tenía momentos (sobre todo en plena noche, abriendo los ojos de par en par hacia la rendija de luz tenue que barría el techo de mi cuarto como un mal presagio cuando fuera pasaba un coche casi sin hacer ruido) en que se me venía encima el cúmulo de potencialidades del asunto. Si me quedaba sin trabajo, ¿cómo iba a ocultárselo a la gente —a mis amigos, a mis padres..., ¡oh, no, a Melissa!— hasta que encontrara otro? Es más, ¿y si no conseguía otro? Todas las grandes empresas que yo tanto me había esmerado en cultivar se darían cuenta de mi precipitada salida de la galería, y de que la estrella de la cacareada exposición del verano se había desvanecido de repente justo al mismo tiempo, y ahí se acabaría todo: si quería volver a trabajar, tendría que irme del país, y quizá ni por esas. Y respecto a irme del país..., ¿podrían arrestarnos a Tiernan y a mí por fraude? Por suerte no habíamos vendido ningún cuadro de Gouger, y tampoco era que hubiésemos estado diciendo que eran Picassos ni nada por el estilo, pero habíamos aceptado fondos con falsos pretextos, eso tenía que ser algún tipo de delito...

Como ya he dicho, yo no estaba acostumbrado a preocuparme, y esos momentos tan intensos me dejaban paralizado. Echando la vista atrás, en una visión simplista, es tentador verlos como una premonición que no llegó a puerto, una señal de peligro inminente dirigida contra mí por el impulso de su propia urgencia para ser luego confundida, ligera pero fatalmente, por las limitaciones de mi mente. En su momento, las vi simplemente como una molestia, una que no pensaba permitir que me asustara. Tras unos minutos de caer en la espiral del pánico, me levantaba, apartaba mi mente de aquel bucle con treinta segundos de ducha helada,

me sacudía como un chucho y volvía a lo que quiera que hubiese estado haciendo antes.

El viernes por la mañana estaba un poco de los nervios, hasta el punto de que me costó varios intentos encontrar un atuendo que transmitiera el mensaje adecuado (sobrio, arrepentido, listo para volver al tajo), aunque al final me decidí por el traje de *tweed* verde oscuro y una camisa blanca lisa, sin corbata. Aun así, cuando llamé a la puerta de Richard, las tenía bastante conmigo. Ni siquiera su escueto «pasa» consiguió ponerme nervioso.

—Soy yo —dije asomando la cabeza por la puerta con timidez.

—Ya lo sé, siéntate.

El despacho de Richard era una guarida desafortunada de tallas de antílopes, erizos de arena, láminas de Matisse, cosas que compraba en sus viajes, todas en precario equilibrio sobre estantes, pilas de libros y unas sobre otras. Estaba hojeando sin ton ni son un buen tocho de papeles. Acerqué una silla a la mesa, a un lateral, como si fuéramos a repasar juntos las pruebas de imprenta de algún folleto.

—No tengo que decirte por qué estás aquí —empezó a decir cuando me hube sentado.

Hacerme el inocente habría sido un gran error.

—Gouger.

—Gouger. Sí. —Cogió un folio de la montaña, lo miró sin verlo por un segundo y lo dejó en su sitio—. ¿Cuándo lo supiste?

Crucé los dedos para que Tiernan hubiera cerrado el pico y dije:

—Hace unas semanas. Dos, tres como mucho. —Había sido mucho más tiempo.

Richard levantó la vista para mirarme.

—Y no me lo dijiste. —Una corriente fría en su voz: estaba cabreado, cabreado de verdad; no se le había pasado en absoluto.

Subí varios puntos la intensidad.

—Estuve a esto... Pero para entonces, para cuando lo descubrí, la cosa había ido demasiado lejos. Las obras de Gouger ya estaban circulando, por internet, en la invitación (tengo claro que fue

por eso por lo que aceptó el *Sunday Times*, y el embajador)... —Estaba hablando demasiado rápido, atropelladamente, y eso me hacía parecer culpable; aminoré la marcha—. Lo único que podía pensar era en lo sospechoso que parecería todo si desaparecía a las puertas de la inauguración. Y eso habría puesto en tela de juicio al resto de los participantes y, de paso, a la galería en sí. —Mi jefe cerró los ojos ante aquella posibilidad—. Y no quise cargarte a ti con la responsabilidad. Así que no se...

—Ahora es cosa mía. Y sí, tienes razón, va a parecer todo de lo más sospechoso.

—Podemos solucionarlo, de verdad. Me he pasado estos tres últimos días pensando en eso. Podemos tenerlo solucionado hoy mismo. —«Podemos»: seguimos siendo un equipo—. Yo me encargaré de ponerme en contacto con todos los invitados y los críticos, les explicaré que hemos tenido un pequeño cambio en el cartel y pensamos que querrían saberlo. Les diré que Gouger se ha echado para atrás..., que cree que sus enemigos podrían estar merodeando, que tiene que hacerse notar poco durante un tiempo. Les diré que somos muy optimistas y pensamos que arreglará pronto sus problemas personales y volverá a traernos sus obras... Tenemos que mantenerlos esperanzados, que la decepción sea gradual. Les explicaré que es un riesgo que uno asume siempre que se trabaja con gente de esa extracción, y que, si bien sentimos muchísimo que la cosa no haya salido bien, no nos arrepentimos de haberle dado la oportunidad. Habría que ser un monstruo para poner problemas a algo así.

—Se te da muy bien todo esto —dijo con hastío Richard, que se quitó las gafas y se frotó el arco de la nariz con los dedos.

—Se me tiene que dar. Tengo que compensarte por lo ocurrido. —No hubo reacción por su parte—. Perderemos a algunos críticos, y puede que a un par de invitados, pero no habrá mayor repercusión. Estoy convencido de que todavía hay tiempo de rectificar el programa antes de que se imprima; podemos rehacer la cubierta, poner el montaje del sofá de Chantelle...

—Todo eso habría sido más fácil hacerlo hace tres semanas.

—Lo sé, lo sé, pero todavía no es demasiado tarde. Hablaré con los medios y me aseguraré de que no le den mucho bombo, les explicaré que no queremos que Gouger se nos asuste para siempre...

—O... —empezó a decir antes de volver a ponerse las gafas—... podríamos sacar un comunicado de prensa para explicar que hemos descubierto que Gouger es un impostor. —Se me quedó mirando sin pestañear, sus ojos azul templado aumentados por las lentes.

—Bueno —dije con cautela; la primera persona del plural era reconfortante, pero aquella idea era realmente horrible y tenía que hacérselo entender—. Podría ser. Pero eso significaría casi sin duda tener que cancelar la exposición entera. A ver, supongo que podría encontrar la forma de enfocararlo, tal vez destacando que hemos retirado su obra en cuanto nos hemos enterado, pero seguiríamos quedando de ingenuos, y eso levantaría sospechas sobre el resto de...

—De acuerdo —dijo Richard apartando la vista y levantando una mano para hacerme callar—. Lo sé perfectamente. No vamos a hacerlo, por más que me tienta la idea, pero no puede ser. Ve a hacer lo otro, todo eso que has dicho. Y hazlo rápido.

—Richard —le dije, de corazón (viéndolo así, con esa ola de fatiga que le apesadumbró el cuerpo de pronto, me sentí fatal: siempre se había portado bien conmigo, se había arriesgado con un novato tan verde como yo cuando la otra mujer de la entrevista final tenía años de experiencia; de haber sabido que iba a afectarle tanto no habría dejado que las cosas llegaran tan lejos, en absoluto)—, lo siento muchísimo.

—¿De verdad?

—Claro que sí, de verdad. Ha sido un gran error. Es que... los cuadros son tan buenos, ¿sabes? Yo quería que la gente los viera, que los expusiéramos aquí en la galería. Me dejé llevar. No volveré a cometer ese error.

—Vale, eso está bien. —Seguía sin mirarme—. Ve a hacer esas llamadas.

—Yo me encargo de resolverlo, te lo juro.

—No me cabe duda —dijo con voz plana—, y ahora venga.
—Volvió a reordenar sus papeles.

Bajé corriendo las escaleras hasta mi despacho, radiante, planeando ya la tormenta de especulación y crucifixión de los seguidores de Gouger en Twitter. Evidentemente, mi jefe seguía cabreado conmigo, pero se le pasaría en cuanto viera que todo se arreglaba y volvíamos a la normalidad, o al menos, como muy tarde, una vez que se celebrara la exposición y resultase un éxito. Era una pena por los cuadros de Tiernan —después de lo ocurrido, no veía otra salida para que no se pudrieran en su estudio, aunque tampoco descartaba que se me ocurriera algo más adelante—, pero siempre podía pintar otros.

Necesitaba una pinta, unas cuantas, más bien; de hecho, necesitaba una noche de juerga en condiciones. Echaba de menos a Melissa —en circunstancias normales pasábamos por lo menos tres noches a la semana juntos—, pero necesitaba a los chicos, el pitorreo y los apasionados debates absurdos, y una de esas sesiones interminables que llevábamos tiempo sin tener, cuando acabábamos los tres tirados en el sofá de alguno a las tantas de la mañana después de ventilarnos todo lo que hubiera en el frigo. Yo tenía un hachís muy rico en casa, y me había sentido tentado de meterle mano varias veces esa semana, pero no me gustaba nada emborracharme o ponerme ciego cuando las cosas no iban bien, por si me hacía sentirme peor; así que había reservado mi alijo para celebrar el final feliz —en un acto de fe de que lo habría—, y no me había equivocado.

Así que: en el Hogans, mirando fotos de playas de Fiyi en el móvil, alargando la mano de vez en cuando para tirarle a Dec de los implantes («¡Tu puta madre!»). No tenía pensado contarles lo ocurrido esa semana, pero la cerveza y el alivio se me subieron a la cabeza, de modo que a eso de la quinta pinta me vi contándoles la película entera, saltándome solo los ataques de pánico en plena noche —que, vistos entonces, me parecieron una tontería más grande de lo que me habían parecido en su momento—, y añadiendo pequeñas florituras aquí y allá para hacerlos reír.

—Hay que ser capullo —dijo al final Sean, pero lo hizo sacudiendo la cabeza y con una sonrisa ligeramente irónica.

Sentí una punzada de alivio: siempre me había importado la opinión de mi amigo, y la reacción de mi jefe me había dejado un poso de intranquilidad.

—Es que eres un capullo —me dijo Dec con más inquina—. Te podría haber estallado en la cara.

—Es que me ha estallado.

—No, no te ha estallado estallado de verdad. Podrías haberte quedado en la calle, o hasta podían haberte arrestado, quién sabe.

—Bueno, pero no ha pasado nada —contesté irritado (era en lo último que quería pensar, y Dec tendría que haberlo sabido)—. Además, ¿en qué mundo vivís? Como si a la poli le importara que un cuadro sea de un don nadie en chándal o de otro don nadie con borsalino...

—Podrían haber cancelado la exposición. Y tu jefe podría haber tirado de la manta.

—Pero no lo ha hecho. Y aunque lo hubiera hecho, tampoco habría sido el fin del mundo.

—Para ti puede que no. Pero ¿qué pasa con los chavales de las otras obras? Ellos ahí poniendo toda su alma, y tú cachondeándote de sus vidas como si fueran un chiste.

—¿Que yo me he cachondeado de qué?

—... por fin les llega su gran oportunidad, y tú lo arriesgas todo para hacer la gracia...

—¡Venga ya, hombre!

—Si llegas a cagarla, los habrías hundido en la mierda para el resto de sus...

—¿Qué me estás contando? Pues que hubieran estudiado en vez de pasarse el tiempo esnifando pegamento y cargándose los retrovisores de los coches. ¡Qué coño, que hubieran trabajado! La crisis se acabó, ya no hay razón para que la gente esté hundida en la mierda, a no ser que quieran estarlo.

Dec estaba mirándome con los ojos desencajados y cara de incredulidad, como si me hubiera metido un dedo en la nariz.

—No tienes ni puta idea, tío.

Mi amigo había entrado en nuestro instituto gracias a una beca; su padre era conductor de autobús y su madre trabajaba en los almacenes Arnotts, pero ni habían pasado por la cárcel ni eran yonquis, así que él tenía tan poco en común con los chavales de la exposición como yo. Sin embargo, de vez en cuando le gustaba exagerar la perspectiva del marginado, cuando necesitaba una excusa para ponerse borde y digno. Seguía de morros por lo de los implantes. Podría haberle hecho ver que él era la prueba viviente de que su patraña moralista no era más que eso (él no vivía en una casa okupa ni se dedicaba a esnifar espráis mangados, sino que había dedicado su tiempo y su esfuerzo a sacarse un título de informática, *quod erat demonstrandum*), pero no estaba de humor para entrar en su juego, esa noche no.

—Te toca ir a pedir.

—En serio que no tienes ni idea.

—En serio que te toca. ¿Puedes pagar o necesitas que te subvencione debido a tus orígenes humildes?

Me mantuvo la mirada por unos instantes más, pero como yo tampoco la aparté, acabó sacudiendo la cabeza ostentosamente y yendo a la barra. Esa vez no se molestó en esquivar a la morena, ni ella se fijó, para el caso.

—¿Qué mierda le pasa? —quise saber cuando se alejó lo suficiente—. ¿A qué ha venido eso?

Sean se encogió de hombros. Con la última ronda me había traído unas bolsitas de cacahuetes —no había podido cenar porque me había costado desenmarañar la situación con Gouger y había salido tarde del trabajo—, y mi amigo había encontrado algo de aspecto dudoso dentro y parecía tener casi toda la atención puesta en una de las bolsas.

—¡Yo no le he hecho nada a nadie! Nadie ha salido mal parado. Cualquiera diría que le he pegado a su abuelita. —Había llegado a la etapa seria de la noche: estaba inclinado sobre la mesa, puede que un poco más de la cuenta, no sabía bien—. Y además, mira quién va a hablar, ¡no te digo! Él también ha hecho tonterías. Muchas veces.

Mi amigo volvió a encogerse de hombros.

—Está agobiado —dijo masticando un cacahuete.

—Siempre está agobiado.

—Ha estado hablando de volver con Jenna.

—¡Ostraaas...! —exclamé.

Jenna era la ex más reciente de Dec, una maestra de primaria bastante loca y varios años mayor que nosotros que una vez me había acariciado el muslo bajo la mesa de un pub y, cuando levanté la vista asombrado, me guiñó un ojo y me sacó la lengua.

—Ya... Es que no soporta estar solo. Dice que se está haciendo mayor para andarse con primeras citas y que la mierda del Tinder no va con él, y tampoco quiere ser el alma en pena de cuarenta años al que invitan a cenar por lástima y lo sientan al lado del divorciado que se pasa la noche puteando a la ex.

—Bueno, pero tampoco hace falta que lo pague conmigo —dije (en realidad me lo imaginaba perfectamente acabando así, pero sería todo por su culpa, y en ese momento, tal y como yo lo veía, se lo había buscado él solito).

Sean se había recostado en su asiento y estaba mirándome con una expresión que podía ser de diversión o solo de interés moderado. Siempre ha tenido ese aire de desapego reconfortante, de estar —sin esfuerzo o suficiencia— un poco más por encima de las circunstancias que los demás. Yo siempre lo había achacado, sin pensarlo mucho, al hecho de que se hubiera quedado huérfano de madre a los cuatro años —algo que yo contemplaba con una mezcla de retraimiento, bochorno y asombro—, pero quizá fuera solo por lo grandullón que era: en cualquier situación en la que hubiera alcohol, Sean sería sin falta el menos borracho de todos.

—¿Qué? —le insistí al ver que no respondía—. ¿Tú también crees que soy un puto Fagin, un cabrón tatcherista?

—¿Te soy sincero?

—Sí, por favor.

—Creo que son chiquilladas —dijo sacudiéndose los últimos picos de cacahuetes de la palma de la mano.

No supe bien si sentirme ofendido o no: ¿estaba insultando mi trabajo, reafirmandome en que no era para tanto... o qué?

—¿De qué hablas?

—Que si cuentas falsas de Twitter, que si guerras imaginarias entre chungos. Colando cosas a espaldas del jefe, cruzando los dedos para que todo salga perfecto. Chiquilladas.

Esa vez sí que me sentí realmente herido, por lo menos un poco.

—La hostia, colega, como si no tuviera suficiente con Dec dándome la chapa para que ahora me vengas tú también...

—Yo no te vengo con nada, es solo que... —Se encogió de hombros y volcó la copa—. Tío, me caso dentro de unos meses, Audrey y yo estamos hablando de tener un crío el año que viene... Perdona si no me emociono mucho porque hagas una de tus trastadas. —Al ver que se me hundían las cejas en la frente—: Llevas haciendo movidas así desde que te conozco. A veces te pillan, siempre lo solucionas...; es la historia de nunca acabar.

—No, no. Esto... —Hice un movimiento con el brazo como si diera un tajo y lo rematé con un dramático chasquido de dedos, y me pareció que era una declaración de principios en sí, pero mi amigo siguió mirándome con sus ojos inquisitivos—. Esto es distinto... a otras veces. No tiene nada que ver.

—¿Distinto en qué sentido?

Aquello me tocó la moral; yo sabía que había diferencias, y me pareció muy mezquino por su parte que me pidiera que se lo explicase con tantas pintas encima.

—Déjalo, no he dicho nada.

—No es para putearte, te estoy haciendo una pregunta.

Aunque no se había movido, su cara tenía algo distinto y afilado, una intencionalidad impasible, como si quisiera algo importante de mí; y en el fondo sentí una urgencia extraña por explicarme, por hablarle de Melissa y de tener ya veintiocho años y las grandes empresas, y de lo de ponerme serio, contarle que a veces, últimamente —eso no lo habría admitido delante de Dec, ni siquiera se lo había mencionado a Melissa—, me imaginaba una

gran casa georgiana blanca con vistas a la bahía de Dublín, y a mí y a Melissa arropados bajo una de sus mantitas de cachemira delante de un fuego vivo, y puede que dos o tres niños rubitos jugando con un labrador dorado en la alfombra delante de la chimenea. Un par de años antes la imagen me habría dado un repelús de aúpa; ahora ya no me parecía tan mala idea.

En realidad no estaba como para describirle epifanías incipientes a Sean —ni de coña habría podido pronunciar «epifanías incipientes»—, pero hice lo que pude.

—Vale, vale. Las otras veces de las que hablas, sí, es verdad, fueron chiquilladas. Para hacer la gracia, o porque quería una pizza gratis o para poder enrollarme con Lara Mulvaney. Pero ya no somos críos, eso ya lo sé, lo pillo. A ver, no es que seamos adultos adultos, pero está claro que vamos de camino..., pero, qué coño, ¿a ti qué te voy a contar? Sé que antes nos hemos estado cachondeando de ti y eso, pero créeme, lo que tú tienes con Audrey es la leche. Vais a ser... —Perdí el hilo (cada vez había más ruido en el bar y la acústica estaba al borde de sus fuerzas, todos los sonidos se mezclaban en un rugido balbuceante de origen desconocido)—. Sí, sí... Y todo esto iba a eso mismo, a lo de Gouger. La razón era esa, que ahora voy a por lo grande, nada de pizza gratis. A por las cosas serias de la vida. ¡Esa es la diferencia!

Me recosté en el sitio y miré esperanzado a mi amigo.

—Ya —dijo este tras lo que me pareció medio segundo más de la cuenta—. Es lo suyo. Suerte con el tema, tío. Espero que consigas lo que quieres.

No sé si fue mi imaginación o el ruido abarrotado que nos rodeaba, pero me sonó distante, casi decepcionado, pero ¿por qué? Incluso se quedó mirando más lejos todavía, como si hubiera retrocedido adrede varios pasos por un largo pasadizo..., aunque seguramente fuera más cosa de la bebida.

Lo que mi amigo no estaba comprendiendo, para mi frustración, era que lo de Gouger sí que había sido precisamente con la idea de hacer esos cambios —cuanto mejor fuera la exposición, más posibilidades tendría con las grandes empresas, podría per-

mitirme alquilar un piso mejor con Melissa, y suma y sigue—, pero antes de encontrar la forma de expresárselo, Dec volvió con las pintas.

—¿Sabes lo que eres? —me preguntó mientras dejaba los vasos en la mesa y conseguía derramar solo unas gotas.

—Es un capullo —dijo Sean, pasando un posavasos por lo derramado; el repentino brillo de intensidad de antes había desaparecido y volvía a ser el de siempre, plácido y sin complicaciones—. Eso ya lo hemos decretado antes.

—No, pero se lo estoy preguntando a él. ¿Tú sabes lo que eres? —Dec sonreía, pero su tono había cambiado; tenía un brillo electrizante que no me daba buena espina.

—Soy la leche —dije recostándome en el sitio con las piernas abiertas y devolviéndole la sonrisa.

—Ahí lo tienes. —Me señaló triunfante, como si se hubiera apuntado no sé qué tanto—. De eso es justo de lo que estoy hablando. —Sin embargo, al ver que no entraba al trapo, me preguntó acercando el taburete a la mesa, preparándose para la pelea—: ¿Qué me habría pasado a mí si yo hubiera hecho una jugada tan tonta como esa en el curro?

—Te habrían dado la patada.

—Pues sí, sí. Ahora mismo estaría llamando a mi madre para preguntarle si podía mudarme a su casa hasta que encontrase otro curro y volviera a poder permitirme pagar el alquiler. ¿Y por qué a ti no?

Sean suspiró pesadamente y se bebió un buen tercio de su pinta. Los dos sabíamos cómo era nuestro amigo cuando estaba así: iba a seguir pinchándome y pinchándome, cada vez más agresivo, puño, puño, puño, hasta que consiguiera tocarme la moral o se emborrachara tanto que tuviéramos que meterlo en un taxi y darle al taxista su dirección y el dinero de la carrera.

—Porque soy encantador —dije, y en parte era cierto (solía caerle bien a la gente y eso solía ayudarme a salir de apuros), pero no venía al caso y lo había dicho solo para fastidiar a Dec—. Y tú no.

—Noonoono. ¿Sabes por qué es? Porque no estás de alquiler. Tus padres te compraron una quelí.

—De eso nada. Me dieron el dinero para la entrada y yo pago la hipoteca. Y, además, ¿qué tiene eso que ver con...?

—Sí, pero si no pudieras hacer frente a los pagos, ¿te pagarían la hipoteca un par de meses o no?

—No tengo ni idea. Nunca me ha hecho falta...

—Pues claro que te la pagarían. Tus papás son un amor.

—Yo qué sé. Además, ¿y qué si me la pagasen?

—Pues que... —Dec estaba señalándome, todavía con una sonrisa que podría pasar por simpática si no fuera porque lo conocía—... por eso tu jefe no te ha largado. Porque no fuiste a verlo desesperado. Porque no entraste en pánico. Fuiste a verlo sabiendo que, pase lo que pase, vas a estar estupendamente. Y por eso estás estupendamente.

—Estoy estupendamente porque fui allí y me disculpé y le dije cómo podía arreglarlo. Y porque hago bien mi trabajo y no quiere perderme.

—Igualito que en el instituto. —Dec estaba tomándoselo todo muy en serio, inclinado hacia mí sobre la mesa, con la pinta olvidada. Sean había sacado el móvil y estaba mirando titulares—. Como cuando le mangamos el tupé al señor McManus. Lo hicimos entre los dos y nos pillaron a los dos. A los dos nos llevaron a ver a Armitage. ¿Verdad? ¿Y qué nos pasó?

Clavé la vista en el techo. La verdad es que no tenía ni idea; recordaba haberme doblado sobre una barandilla para pescar el tupé, el gimoteo de pánico de McManus perdiéndose en la distancia mientras corríamos entre risas, con el tupé bailando en la caña de pescar de mi padre, pero no recordaba qué había pasado después de eso.

—Ni siquiera te acuerdas.

—Ni me importa.

—Me echaron. Tres días. Y a ti te castigaron ¡un día!

—¿Me hablas en serio? —Lo miré con incredulidad, empezaba a hartarme; mi flamante globo de felicidad estaba desinflándose,

y sentí que, después de la semana que había tenido, merecía aferrarme a él al menos por una noche—. Eso fue como hace catorce años. ¿Sigues cabreado por eso?

Dec estaba blandiendo el dedo contra mí y sacudiendo la cabeza.

—Ese no es el tema. El tema es que a ti te daban una sardinetita en la muñeca y al niño de la beca lo expulsaban. No, me vas a escuchar, te estoy hablando... —insistió al ver que me hundía en el asiento y ponía cara de hastío—. Yo no digo que Armitage lo hiciera por maldad. Lo que digo es que yo entré allí paralizado por que fueran a expulsarme y a tirarme por el desagüe hasta el instituto público de mierda que había al lado, mientras que tú, tú entraste sabiendo que, aunque te expulsaran, tus papaitos te encontrarían otro bonito instituto. Esa es la diferencia.

Hablaba cada vez más alto. La morena estaba perdiendo interés en mí: demasiada electricidad alrededor de nosotros, demasiado jaleo, y en eso le daba toda la razón.

—Así que ¿qué eres? —insistió Dec.

—Mira, yo ya ni siquiera sé de qué estás hablando.

—Acaba ya con el tema, hostia —dijo Sean sin levantar la mirada del móvil.

—Eres un mamón con suerte, eso es lo que eres. Y punto, solo un mamón con suerte.

Estaba pensando en una réplica inteligente cuando de pronto me vino, cálida, alentadora e irresistible como una corriente térmica: mi amigo tenía razón, estaba diciendo la verdad más absoluta, pero no era algo por lo que debiera enfadarme, era una alegría. Tomé aire, en lo que me pareció la respiración más profunda en días, y lo exhalé en una risotada.

—Lo soy. Eso es justo lo que soy, un cabrón con suerte.

Dec se quedó mirándome, sin darse por satisfecho, mientras decidía qué giro darle al asunto.

—Amén —dijo Sean, que dejó el móvil en la mesa y levantó el vaso—. Por los mamones con suerte y por los mamones normales y corrientes —dijo, y ladeó el vaso hacia Dec.

Me eché a reír otra vez y entrechoqué el vaso con él, y al momento Dec soltó una risotada más fuerte que ninguna y nos chocó los vasos a los dos, y nos pusimos otra vez a discutir sobre dónde ir de vacaciones.

Aun así, yo ya había descartado la idea de llevarlos a casa. Cuando Dec se ponía así, se volvía impredecible y agresivo (no tenía valor para hacer nada realmente desastroso, pero, con todo y con eso, no me apetecía). Tenía la impresión de que las cosas seguían estando en un equilibrio un tanto precario, tambaleantes, como si no debiera removerlas demasiado. Quería tirarme en el sofá, fumarme unos porros y fundirme ricamente en un charco de risas, no estar pendiente de Dec mientras recolectaba chismes por el salón para utilizarlos en un juego de bolos improvisado y yo evitaba mirar las cosas frágiles para no darle ideas. En el fondo todavía se lo reprocho: con veintiocho años ya podría haber tenido superadas ese tipo de chorradas, y si Dec hubiera sido lo suficientemente maduro, mis amigos me habrían acompañado a casa y entonces blablablá, blablablá...

A partir de ahí se me vuelve a nublar todo. Lo siguiente que recuerdo con cierta claridad es despedirme de los chicos en la puerta del pub, a la hora del cierre, corrillos ruidosos de gente medio desperdigados, discutiendo sobre dónde seguirla, cabezas acercándose a mecheros encendidos, chicas tambaleándose sobre tacones, luces amarillas de taxi pasando lentamente.

—Escucha —estaba diciéndome Dec con esa sinceridad de borracho hiperconcentrado—, no, escúchame, bromas aparte. Me alegro muchísimo de que te haya ido todo bien, de verdad. Eres buena persona. Toby, te hablo en serio, me parece maravilloso que...

Podría haber seguido así hasta el infinito si Sean no hubiera parado un taxi y lo hubiera metido dentro, dirigiéndolo con una mano entre las escápulas. Luego se despidió con la cabeza y con la mano y se fue andando hacia Portobello y hacia Audrey.

Yo también podría haber cogido un taxi, pero hacía buen tiempo, la noche era apacible y fresca, con un toque terso y agradable

que prometía más primavera por la mañana. Estaba borracho, pero no como para no mantener el equilibrio; mi casa quedaba a menos de media hora andando. Y me moría de hambre; quería pillar algo de camino para comer en casa, algo picante, contundente y enorme. Me abroché bien el abrigo y eché a andar.

Un lanzafuegos al final de Grafton Street que hacía que su público desperdigado diera palmadas acompasadas, borrachos que pegaban gritos ininteligibles de aliento o distracción. Un vagabundo acurrucado en un portal, envuelto en un saco de dormir azul, contemplando todo desde su frío. Llamé a Melissa sobre la marcha; no se acostaba hasta que no nos llamábamos para decirnos buenas noches, y no quería tenerla despierta hasta muy tarde, aparte de que no aguantaba ya a llegar a casa para hablar con ella.

—Te echo de menos —le dije cuando contestó—. Eres la mejor. Se echó a reír.

—Tú más. ¿Dónde andas?

El sonido de su voz me hizo apretarme más el móvil contra la oreja.

—Por Stephen's Green. He estado en el Hogans con los chicos. Y ahora voy camino de casa pensando en que eres la mejor.

—Pues vente para acá.

—No puedo, estoy borracho.

—Me da igual.

—No, apesto a alcohol y te roncaré en la oreja, y me dejarás y te irás con un billonario charlatán de esos que tienen máquinas de cápsulas para purificarse la sangre cuando vuelven a casa del pub.

—No conozco a ningún billonario charlatán, créeme.

—Ah, no, seguro que sí, siempre hay alguno rondando. Lo que pasa es que no atacan hasta que no ven la oportunidad. Como los mosquitos.

Volvió a reírse, un sonido que me reconfortó de la cabeza a los pies. No esperaba que se enfadara, me hiciera pucheros o me colgara por tenerla descuidada, pero esa dulzura suya, siempre rauda, fue otro recordatorio de que mi amigo tenía razón: yo era un cabrón con suerte. Rememoré las veces que había tenido que oír,

con un asombro ligeramente jactancioso, las historias de complicados dramas con ex, de gente encerrándose, a sí mismo o al otro, en sitios de lo más improbable mientras todos lloraban o gritaban o suplicaban: a Melissa ni se le habría pasado por la cabeza nada de eso.

—¿Puedo pasarme mañana, en cuanto vuelva a ser humano?

—¡Claro! Si sigue haciendo bueno, podemos comer en el parque y echar una siesta al sol y roncar juntos.

—Tú no roncas, solo haces sonidillos como de ronroneo.

—Puag, qué sexi.

—Sí, sí, es lo mejor, como tú, que eres la mejor. ¿Te lo había mencionado?

—Estás borracho, tontorrón.

—Te lo he dicho.

La verdadera razón por la que no quería ir a su casa —en realidad sí que quería, me moría de ganas—, la razón en definitiva por la que no pensaba ir era, por supuesto, que estaba tan borracho que era capaz de contarle toda la historia de lo de Gouger. No me preocupaba que me dejara por eso ni nada tan extremo, pero no le habría hecho gracia, y siempre me cuidaba mucho de no molestarla. Sin embargo, sí que quería todo lo que pudiera de ella antes de colgar.

—¿Quién te compró el sillón *steampunk*?

—Hala, Toby, ¡tenías que haberlos visto! Era una pareja de unos cuarenta años, vestidos en plan club náutico, ella con una camiseta de marinerito, de esas de rayas, que no te habrías imaginado que... Yo pensé, una manta si acaso, si los colores no eran demasiado llamativos para ellos, pero fueron a por el sillón del tirón. Yo creo que les recordó algo, no sé, no paraban de mirarse y reírse, y como cinco minutos después ya habían decidido que daba igual que no pegase con nada de su casa, que se lo quedaban. Me encanta cuando la gente hace cosas inesperadas.

—Habrá que celebrarlo mañana. Llevaré un prosecco.

—¡Sí! Trae el último que tomamos, el... —Un bostezo la pilló con la guardia baja—. Perdona, no es por ti, es que...

—Es tarde, no tendrías que haberme esperado.

—No pasa nada, me gusta que nos digamos buenas noches.

—A mí también. Venga, ahora a dormir. Te quiero.

—Y yo a ti. Hasta mañana. —Me mandó un beso.

—Hasta mañana.

No sé por qué, pero este es el error —bueno, no es que fuera realmente un error, ¿qué tiene de malo tomarse unas cuantas pintas un viernes por la noche después de una semana estresante, qué tiene de malo querer que la chica a la que amas piense lo mejor de ti?—, digamos que esta es la decisión a la que vuelvo una y otra vez, manoseándola compulsivamente como si pudiera despellejarla y tirarla a la basura: un chupito de whisky menos con los chicos, una pinta menos, un sándwich en el despacho mientras reformulaba el programa de la exposición, que me hubiera permitido estar lo suficientemente sobrio para ir a casa de Melissa sin peligro de contarle nada. Le he dado tantas vueltas a aquella noche que pudo ser y no fue que me la sé de memoria: levantándola del suelo en un abrazo en cuanto me abría la puerta, «¡Felicidades, sabía que lo conseguirías!», su cuerpo aovillado y suave respirando a mi lado en la cama, haciéndome cosquillas con el pelo; un *brunch* ocioso de sábado en nuestra cafetería favorita, un paseo por el canal para ver los cisnes, Melissa meciendo nuestras manos entrelazadas. La añoro con tanta virulencia que lo siento como algo real, tangible e irremplazable que no sé dónde he puesto, pero que, de saber el truco, podría llegar a salvar y mantener a buen recaudo.

—No has colgado.

—Ni tú.

—Hasta mañana, que duermas bien.

—Ve con cuidado. Hasta mañana. —Besos, más besos.

Baggot Street estaba en silencio y casi vacía, largas hileras de inmensas casas georgianas, las fabulosas volutas de forja de las viejas farolas. Suave tiquitiqui de las ruedas de una bici y un tipo alto con un *trilby* que me pasó rozando, sentado muy recto en el sillón y con los brazos cruzados sobre el pecho. Dos personas be-

sándose en un portal, una cascada lisa de pelo verde, un revuelo de morado. Debí de pillar comida india en alguna parte, aunque ni idea de dónde, porque olía fuerte a cilantro e hinojo a mi alrededor, y la boca se me hacía agua. La calle se me antojaba cálida, extraña y muy ancha, llena de un peculiar encanto codificado. Un viejo con barba y boina que hacía una especie de bailecillo arras-trando los pies y con las manos abiertas, entre los grandes árboles de la medianera. Una chica en la acera de enfrente que andaba de-prisa, el abrigo negro bailándole por los tobillos, la cabeza enfrasca-da en el móvil que le brillaba en la mano con una luz blanquia-zul, como una joya de cuento de hadas. Refinados montantes de puerta polvorientos, un resplandor dorado en una ventanita alta. Aguas oscuras bajo el puente del canal, destello y velocidad.

Debí de llegar a casa sin percance alguno... (aunque ¿cómo voy a saberlo?, ¿cómo sé yo lo que estaba pasando más allá del rabillo del ojo, quién pudo haber estado observando desde los portales, qué podría haberse despegado de una sombra para se-guirme de puntillas?). En cualquier caso, debí de llegar a casa sin que nada disparara mis alarmas. Debí de comerme la comida del indio y puede que viera algo en Netflix (aunque ¿no estaría dema-siado borracho para seguir cualquier trama?), o quizá me puse a jugar un rato con la Xbox (pero no lo creo, después de esa semana en casa le había cogido manía a la consola). Debí de olvidar co-nectar la alarma (a pesar de vivir en un bajo, la mitad de las veces no me molestaba en ponerla: la ventana de la cocina estaba un poco floja y a veces sonaba con el viento y hacía que la alarma se pusiera a chillar como una histérica, y tampoco era que viviera en una megalópolis asolada por el crimen). Y en algún momento debí de ponerme el pijama e irme a la cama, y dormirme felizmente bo-r-racho.

Algo me despertó. Al principio no supe muy bien qué era; tengo un recuerdo nítido de un sonido, un crujido bien definido, pero no sabía si había sido dentro de mi sueño (un tipo alto y negro con

rastas y una tabla de surf, que se reía y se negaba a decirme algo que yo necesitaba saber) o fuera. La habitación estaba a oscuras, solo se veía un mínimo resplandor de farola que perfilaba las cortinas. Me quedé quieto, sacudiéndome todavía las telarañas del último sueño, y agucé el oído.

Nada. Y luego: un cajón abriéndose o cerrándose, justo al otro lado de la pared, en el salón. Un golpe suave.

Lo primero que pensé fue que eran los chicos, que Dec se había colado en casa para gastarme una broma y vengarse por lo de los implantes (una vez Sean y yo lo despertamos pegando nuestros culos desnudos contra la ventana de su dormitorio), pero él no tenía llave... Mis padres sí que tenían un juego, quizá una sorpresa suya, pero habrían esperado hasta la mañana... ¿Melissa, que no podía esperar a verme? Aunque no le gustaba nada andar de noche sola por la calle. Así y todo, la parte más animal de mí lo supo: me había incorporado de golpe en la cama y mi corazón no paraba de emitir un latido sombrío e implacable.

Un murmullo breve en el salón. Barrido pálido de haz de linterna por la rendija bajo la puerta del dormitorio.

En la mesilla de noche tenía un candelabro que me había traído Melissa de su tienda hacía unos meses, un chisme bonito que pretendía imitar las rejas negras de forja que había en las viejas casas de Dublín: pie en forma de columna salomónica y delicadas flores de lis en cascada desde arriba, la punta central afilada para sujetar la vela (un muñón de cera derretida, una noche con vino y Nina Simone en la cama). No recuerdo haberme levantado, pero me vi de pie y sujetando con fuerza el candelabro entre ambas manos, sopesándolo y tanteando el camino sin hacer ruido hacia la puerta del dormitorio. Me sentía como un tonto, cuando era evidente que no estaba pasando nada malo, e iba a pegarle un susto a la pobre Melissa, Dec no me lo perdonaría en la vida...

La puerta del salón estaba entornada y un haz de luz vacilaba por la penumbra al otro lado. Empujé fuerte la puerta con el candelabro, la abrí de par en par, y le di rápidamente al interruptor de

la luz, y la habitación se iluminó tan de golpe que siguió medio segundo de ceguera hasta que pude ver.

Mi salón, con la taza del expreso de la mañana todavía en la mesa de centro, papeles desperdigados por el suelo bajo cajones abiertos, y dos hombres: ambos con sudadera con el cuello bien subido por encima de la boca y gorras bien caladas hasta los ojos, ambos congelados en pleno movimiento para mirarme de hito en hito. Uno estaba girado hacia la puerta abierta del patio, encorvado en una postura incómoda sobre mi portátil; el otro estaba estirándose tras el televisor, intentando alcanzar el enganche de la pared, con la linterna todavía en la otra mano. Desentonaban de tal manera en mi casa que parecían ridículos, superpuestos, un montaje cutre con el Photoshop.

Después del primer instante de perplejidad grité un «¡Largo de aquí!». La rabia me prendió por todo el cuerpo como combustible para cohetes, nunca había sentido nada igual, había que tener valor y cara dura para entrar en mi casa, menuda chusma: «¡Fuera! ¡Largaos cagando leches! ¡Fuera!».

Hasta que comprendí que no iban a salir corriendo hacia la puerta; y a partir de ahí las cosas se vuelven un tanto confusas, no sé quién hizo el primer movimiento, pero, de pronto, el de la linterna había cruzado medio salón en mi dirección y yo estaba abalanzándome sobre él. Creo que conseguí abrirle bien la cabeza con el candelabro, algo es algo, pero el impulso hizo que ambos perdiéramos el equilibrio y nos agarráramos mutuamente para no caernos. Apestaba, olor corporal sumado a algo raro, como a leche (todavía a veces me viene un tufo parecido en medio de una tienda, por ejemplo, y siento una arcada antes incluso de entender por qué). Era más fuerte de lo que esperaba, nervudo y curvado, me tenía cogido del brazo con el candelabro y no conseguí volver a atizarle, así que me dediqué a darle puñetazos fuertes y furiosos en la barriga con el otro puño, pero no tenía espacio para imprimirle fuerza, estábamos demasiado pegados, tambaleándonos. Me metió el pulgar en el ojo, y grité, y entonces sentí algo en la mandíbula, luz blanquiazul astillándose por todo alrededor y yo cayendo.

Aterricé bocarriba contra el suelo. Los ojos y la nariz me lloraban, tenía la boca llena de sangre y escupí un buen chorro, la lengua me ardía viva. Alguien chillando «cabrón hijo de puta», yo incorporándome sobre los codos e intentando impulsarme para apartarme de ellos con los pies «te crees la hostia», e intentando auparme con el brazo del sofá y...

Alguien estaba pegándome patadas en la barriga. «Te voy a reventar vivo»... Conseguí rodar sobre el otro costado, retorciéndome con violentas arcadas, pero siguieron lloviéndome las patadas, ahora en las costillas, fuertes y sistemáticas. No sentía dolor, al menos no exactamente, pero había otra cosa, algo peor, una sensación horrenda y estremecedora de injusticia. No podía respirar. Comprendí con una claridad y un desapego tremendos que podía perfectamente morir, que o paraban de una vez o sería demasiado tarde, pero no me llegaba el aliento para decirles esa única cosa importantísima...

Intenté arrastrarme para alejarme, bocabajo, los dedos arañando en vano. Una patada en el culo que me hundió la cabeza más aún en la moqueta, y luego otra y otra. Una risa de hombre, fuerte, amplificadora y triunfal.

De alguna parte:

—¿... alguien más...?

—Qué va o habrían...

—Mira a ver... novia...

Otra vez la risa, esa risa, surcada por un afán renovado.

—De puta madre, tío.

Yo no conseguía recordar si Melissa estaba allí o no. Así que, con una nueva oleada de pánico, intenté incorporarme del suelo, pero me vi incapaz, tenía los brazos flojos como cintas, cada respiración era un resoplido entrecortado y laborioso a través de la sangre, los mocos y las fibras de la moqueta. Las patadas habían parado; la inmensidad de mi alivio arrastró consigo lo que me quedaba de fuerzas.

Sonidos de rasgueos, gruñidos de esfuerzo. El candelabro, rodando bajo una silla volcada. Cogerlo era impensable, pero su vi-

sión sí que hizo que una pieza encajara en su sitio en mi cerebro confundido, «hasta mañanita, duerme bien», Melissa a salvo en su casa, gracias a Dios... La luz apuñalándome los globos oculares. Estrépito de objetos al volcarse, una vez más, y otra. El dibujo geométrico de mis cortinas verdes, subiendo en un ángulo que no era el normal, desvaneciéndose y aclarándose, desvaneciéndose.

—Listo...

—... tiene algún...

—... a la mierda. Vámonos...

—Oye, ¿no estará...?

Un nubarrón de oscuridad acercándose. Un golpe fuerte en las costillas y me hice una bola, tosiendo, lanzando las manos al aire como pude para protegerme de la siguiente patada, que no llegó. En su lugar, apareció una mano enguantada en mi campo de visión, se curvó en torno al candelabro, y solo tuve tiempo de preguntarme, mareado, para qué querían eso, antes de que una gran explosión muda borrara el aire y todo desapareciera, todo.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente; las partes que siguen no están unidas entre sí, lo único que tengo son momentos aislados, enmarcados como diapositivas, y con ese mismo halo fulgente y desatado, con nada entre ellas salvo oscuridad y el chasquido sonoro de la que desaparece al rotar cuando otra la sustituye en la lente.

Moqueta áspera contra la cara y dolor por doquier; el dolor era pasmoso, sobrecogedor, pero eso no me pareció especialmente importante o ni siquiera especialmente ligado a mí, lo principal, lo aterrador es que estaba ciego, del todo, no podía

clic

intentando incorporarme del suelo, pero los brazos me temblaron como en pleno ataque epiléptico, cedieron, y de bruces en la alfombra

clic

barridos y chapoteos de rojo sobre tela blanca, locura, fuerte hedor metálico a sangre

clic

a cuatro patas, vomitando, líquido caliente por los dedos

clic

trozos irregulares de loza azul, desperdigados (pensándolo ahora creo que debían de ser los restos de la taza del expreso, pero en su momento la cabeza no me funcionaba así, nada tenía sentido o esencia, nada era, solo estaba)

clic

gateando por un campo de escombros infinito que se movía y crujía, las rodillas deslizándose, los bordes de la visión bullían

clic

el pasillo, extendiéndose millas y millas, marrón y beis y palpitante; un parpadeo de movimientos lejos, muy lejos, al fondo, algo blanco

clic

apoyándome en la pared para incorporarme, avanzando a trompicones, pasos entrecortados, como si tuviera descoyuntadas todas las articulaciones; un graznido horrendo proveniente de alguna parte, rítmico e impersonal; intenté a la desesperada darme prisa, para escapar antes de que me atacara, pero no conseguía salir de aquella pesadilla a cámara lenta, y allí seguía, en mis oídos, a mis espaldas, por todo alrededor (y ahora, claro está, tengo muy claro que era mi propia respiración, pero en el momento blablablá)

clic

madera oscura, una puerta; arañándola, dentera, un gemido ronco que no quería formar palabras

clic

una voz de hombre pidiendo algo con urgencia, la cara de una mujer en una mueca de horror, boca muy abierta, bata de guata rosa, y luego una pierna se me volvió líquida, la ceguera me embistió de nuevo con un rugido, y desaparecí.